

PRESO ENTRE LAS SÁBANAS I de Laura Mainer Romea

Pasan los días y recuerdo,
las caras jóvenes,
los gestos,
las acciones,
que construyen densos bosques.
Niños corriendo junto al río,
recuerdo el mar,
la niebla,
el frío.

Hablan por mí las golondrinas,
tejen cantares a la brisa,
sueñan vuelos con las nubes
y eternas lágrimas cristalinas.
Se pierden entre los grises inviernos,
entre la nieve y el hielo,
entre el fuego y el hogar,
entre el pan y el leño.

Siento el hambre entre mis dedos,
la soledad,
la pérdida,
la ausencia.

Oigo la vara azotar al viento,
la piel,
el cuerpo.

Escucho tormentas no muy lejanas,
a kilómetros,
mil kilómetros,
que quedan siempre
entre el límite de lo eterno y de la nada.

Huele, huele el campo,
la tierra seca,
la húmeda,
las hierbas,
las malas,
las buenas.
Huele el perfume floral

y huele a la fruta madura.
Duelen las manos,
las grietas,
hasta las cumbres de la espalda.
La espalda se yergue,
crece, madura,
como las uvas,
tez de aceituna.
Al tiempo se oyen campanas
y las balas en la tapia.
Se escuchan gritos,
horrorizados,
que asoman a la vida
o se presentan a la muerte.
Decae así la infancia,
perece la inocencia.
Suda la frente y riega,
riega abril y mayo y junio,
y en agosto aprieta.
Y pasan, pasan los años,
se clavan,
y la espalda se tuerce,
reverencia,
se atrae hacia la tierra.
Recostado en la cama me hallo,
y veo,
lo que está,
lo que ya no,
lo que perdura,
lo que perece,
lo real y lo fantástico,
lo que fue,
lo que no fue,
lo que podría haber sido.
Inmóvil, pasan las figuras frente a mí,
espectador en butaca de cera
que se consume, se quema.
Las figuras danzan,
componen versos,
ritmos.
Y huelen, huelen a pasado,
a la constancia,
a la nueva vida,
al amor.

Los rayos cosen sobre las sábanas
bordados de alelí y malva.

Amanece,
sueño profundo,
y el telón desciende,
negro, inmóvil,
y con las manos sobre el corazón
se eleva el último suspiro.

Recuerdo por fin,
fin del recuerdo.